

El Encanto de la Vida Disoluta

Por

EM Ariza

Freeditorial 

¿A usted no le ha atormentado nunca un tipo de esos con el pelo sujeto en una colita, de mediana edad, con ropa informal pero de marca cara, que sabe más que todo el resto de bichos vivientes de este planeta sobre política, pintura, literatura, música o cine? Pues bien, si alguna vez ha vivido esta experiencia, o bien alguno de sus amigos o familiares es de esta guisa, seguro que entiende lo que voy a contar a continuación.

Todo empezó un día que me levanté algo temprano, sobre las diez de la mañana, y comencé con mis rutinas de siempre. Desperezarme, ducharme, afeitarme, desayunar, leer el periódico deportivo... Cuando de repente sentí que el alma me descendía hasta los pies al caer en la cuenta de que mi existencia consiste en una interminable lista de cotidianas rutinas. Jamás me había preocupado este asunto, quizás porque nunca hasta ese momento había pensado en ello y no le daba importancia a que el día de hoy fuese a ser prácticamente igual al de ayer, y similar al que será mañana. Pero esta vez, por la razón que fuese, me deprimió el descubrimiento de esta realidad. *¡Qué cosa más triste!* Pensé abrumado por tan cruel hallazgo.

Así que me puse a cavilar sobre el problema. Mi primera impresión es que, dicho problema, emerge como consecuencia de la presencia de múltiples reglas y verdades sociales en nuestras vidas, que gobiernan toda nuestra existencia, y que la costumbre nos lleva a aceptar.

No sé por qué se ha de vivir tan ordenadamente, con tantas reglas sociales y dudosas verdades –me dije a mí mismo un tanto indignado con el género humano-. En realidad nunca he conocido el motivo de ello, aunque supongo que estará relacionado con el hecho que desde niño te las están imponiendo en forma de recomendaciones, ordenes, directrices, normas, pautas, mandatos, lecciones, informaciones y dogmas, que se traducen en severas indicaciones de cómo debes comportarte y pensar en todos los momentos y circunstancias de la vida. *No arrastres los pies* –te ordenan-; *debes llevar la cabeza levantada y los hombros atrás; como no estudies no serás un hombre de provecho* –por cierto, nunca supe qué significa eso de ser un hombre de provecho-. *El pescado hay que comerlo con este cubierto; el vino tinto es para la carne y el blanco para el pescado; la servilleta colócala así; no hables mientras comes; no te pelees con tu hermana; haz los deberes de la escuela; no mientas*, y un sinfín de recomendaciones que si las tuviésemos que seguir al pie de la letra, difícilmente podríamos hacer algo con nuestras vidas por tantas cuestiones que deberíamos atender antes de comenzar a vivirla.

Y la pregunta que me surge es *¿y todo esto para qué?* A lo que te suelen contestar: *para demostrar tu buena educación y cultura*. Y de aquí nace otra interrogante *¿qué se supone es la buena educación?* Y ya que nadie me contesta a esta cuestión más que con balbuceos incomprensibles, me respondo yo mismo. *La buena educación consiste, básicamente, en hacer las cosas de*

la forma que los demás esperan que las hagas, y pensar lo qué los demás esperan que pienses.

Pues usted me perdonará pero yo prefiero hacerlas y pensar a mi manera, como dijo aquel cantante mexicano -que me parece se llamaba Pavarotti-, cuando cantaba aquello de “*Con dinero y sin dinero hago siempre lo que quiero... pero sigo siendo el rey*”.

A saber. Tomo vino blanco con la carne y tinto con el pescado. No me coloco servilleta alguna al comer, uso para esos menesteres un trozo del papel desechable de cocina que cumple perfectamente la función de aquélla; nunca aprobé un examen en la época de los estudios sin hacer trampas; o sea, para entendernos, los aprobaba copiando... En definitiva, me doy cuenta de que, en realidad, mi gran aspiración siempre ha sido la de disfrutar de una vida disoluta, con las menos reglas posibles, aunque no siempre lo consigo.

Vamos a ver, no estoy diciendo que no deban existir unas reglas de juego con el fin de evitar que estemos liados continuamente a puñetazos los unos con los otros. Hasta ahí llego. Efectivamente, debemos tener un mínimo de consenso para poder sobrevivir y no andar a tortas. Pero de ahí a lo que pasa existe un abismo. Esta sociedad ha creado, inclusive, profesionales de los protocolos con el único fin de indicarte la manera correcta de comer; o bien, en una mesa de invitados, decirte quién ha de sentarse al lado de quién. También te pueden enseñar a cómo ser un idiota progre, y por tanto snob, sin que se note demasiado y encima quedar bien... Se usan protocolistas –no sé si se llaman así aquellos que practican esta profesión- hasta para decirte cómo debes ir al altar el día de tu boda, y enseñarte a poner cara de estúpida felicidad en ese momento; cuando, en realidad, si eres la novia en ese instante estás nerviosa, obsesionada con no tropezar delante de todos, o preocupada porque los invitados puedan notar algún secreto defecto del traje. Y el novio, a su vez, andará inquieto por las consecuencias que pudiera tener para su trabajo el que algún imprudente protocolista colocara a su amigo más grosero -que suele emborracharse en tales eventos-, en la misma mesa de sus jefes. En fin, esos del protocolo convierten en negocio cualquier chorrada que solo pretende indicarte cómo has de hacer algo, para que lo realices en la forma que los demás consideran que debe hacerse.

Pero llegados a este punto, la pregunta que ahora me hago es: ¿por qué me ha brotado de repente esta inquietud si todo esto siempre me importó un rábano? *Yo creo* –me contesto, pues no existe mejor diálogo que el que se mantiene con uno mismo-, *que ha sido como consecuencia de un compromiso que me vi obligado a atender hace unos pocos días.*

Lo explico. Me invitaron a la inauguración de una exposición de pinturas y tuve que ir, ya que si no lo hacía iba a quedar fatal. Hasta ahí todo más o

menos normal. Por cierto, lástima que Zoilo lleva un tiempo de viaje y no se lo pude comentar, porque seguro se hubiese sentido orgulloso de mí por este noble intento de culturizarme. En fin, qué se le va a hacer, ya se lo contaré más adelante.

Pero continuó describiéndole lo de la exposición pictórica –creo que se dice así-. La mejor parte fue que, nada más llegar, el organizador nos invitó a unas generosas copas; aunque más tarde me pareció comprender el porqué de dicha invitación. Existía un motivo oculto más que justificado. Era evidente que este organizador había llegado a la conclusión -con muy buena lógica como inmediatamente pude comprobar-, de que dichas copas serían de gran utilidad para ayudar a que el público fuese tolerante con lo que íbamos a ver, deduciendo que el alcohol colaboraría eficazmente en crear juicios bondadosos de la gente con respecto a las pinturas, porque rápidamente pudimos advertir que los cuadros de la exposición eran muy peculiares. Para empezar, no era fácil saber si estaban colocados al derecho o al revés; y por otro lado, tras reflexionarlo un poco, pensé que daba lo mismo. Eran igual de incomprensibles en cualquier posición.

Pero hubo uno de ellos que me pareció especialmente llamativo y que me produjo un cierto trauma, del cual hoy aún no estoy totalmente recuperado. Había allí un cuadro colgado en la pared cuyo título -aunque tuve que leerlo tres veces para saber que no me confundía- era “La hija del Pintor”.

Seguramente, con este título, usted habrá imaginado a una bella joven posando en una playa o montaña en ropa vaporosa, con la melena al viento y mirada soñadora, mientras se pone el sol dulcemente. Pues no. Destierre ese pensamiento porque este retrato pictórico no tenía nada que ver con eso.

Evidentemente –recuerdo que deduje inicialmente tras observarlo atentamente-, que si aquello que veía era un reflejo de la realidad supongo que, dicha hija, estaría recluida en un zoológico como un ejemplar único de una especie desconocida. Aunque también había otra posible explicación – reflexioné poco después-. El pintor había ingerido más de un litro de tequila en una dura noche de fiesta desenfundada, y como consecuencia de ello no es que viera doble, probablemente vería triple y de ahí el retrato.

Observen, y seguro que usted llega a una conclusión similar a la mía. El ojo de la hija –uno solo- lo tenía donde se suponía debería estar la boca. La oreja en el hombro. La boca en la frente. Emergía una mano por el lado derecho del rostro, y así sucesivamente. ¿Qué puede pensar cualquier persona decente sobre el pintor y la imagen que éste tiene de su propia hija? No existen más posibles teorías al respecto que una de las dos expuestas anteriormente: la del bicho raro, o la de la intoxicación ética del artista.

Pero –casi seguro que ahora no me va a creer-, los expertos que allí

estaban, con descuidadas vestimentas hippies de marcas de última moda, aseguraban que era la mejor obra maestra que habían visto en muchos años. Cuando los escuché esparcir a los cuatro vientos esta opinión, por un instante, miré con atención el contenido de mi copa no fuese a ser que la bebida me estuviese afectando, o que consistiese en vitriolo o en cualquier otra sustancia ilegal. Pero no, aquellos tipos hacían aquella afirmación con toda seriedad. Al menos eso me pareció, pues no descubrí el más mínimo síntoma de ironía en sus graves y rotundas afirmaciones. *Esto es una obra de arte en mayúsculas* –dijeron, para después vaticinar-*Traspasará el tiempo*. Y yo pensé: a no ser que se refieran al tiempo atmosférico porque el artista hubiese pintado ese supuesto retrato con una pintura anti lluvia, la predicción, francamente, me parece un disparate.

Pues bien, se supone que en estos casos lo correcto es seguir la corriente a esos tipos y es justo lo que todos solemos hacer, temerosos de que nos tilden de incultos, ignorantes, retrógrados, provincianos, zafios o incivilizados. Pero ahora viene mi confesión ¡Me revelo ante este tipo de reacciones acomodaticias y prefiero ser un disoluto! ¿Por qué si pienso que aquello es un asco no lo voy a expresar? ¿Por qué si me gusta el vino blanco para acompañar la carne no lo he de tomar? ¿Por qué si me quiero casar en vaqueros no lo voy a hacer? ¿Por qué si los estudios me parecen una pesadez inútil, que no enseñan nada, no lo voy a indicar?

Pero permítame señalarle que este fenómeno del progre-esnobismo es más abundante de lo que parece. Se manifiesta también en el cine. Recuerdo que un día, por el empeño de un grupo de amigos, fui a una sala de esas donde suelen poner películas raras. Transigí por aquello de experimentar, y por la presión que los tipos más cultivados de nuestra pandilla ejercían. Sí hombre, me estoy refiriendo a esa clase de tipos que les dicen a sus hijos que los llamen por su nombre; que se declaren fans de los Rolling Stones, aunque secretamente prefieren a los Beatles; que aplauden cualquier majadería que haya dicho alguien, siempre que pertenezca a su cuerda política... En fin, a esos...

Pero volvamos a lo de la película. Tras adquirir las entradas, como es normal, me dirigí a comprar palomitas y alguna otra chuchería. Pero, aun casi sin verlas, percibí en mi nuca las miradas reprobadoras de mis amigos. Aquello me puso la piel de gallina. Me volví y, efectivamente, allí estaban todos mirándome con los ceños fruncidos, e inmediatamente me explicaron, condescendentemente, que lo que pretendía hacer era una especie de sacrilegio. Que las palomitas solo se comen en las películas burguesas y hollywoodenses, pero nunca en las obras de arte como la que íbamos a ver, las cuales deben ser contempladas en respetuoso silencio para no perder ninguna imagen ni sílaba de sus protagonistas.

Como casi siempre sucede cedí a la evidente presión social, y, como si de una iglesia se tratase, penetramos silenciosamente en la sala y ocupamos nuestros asientos.

Para ahorrarnos tiempo le informo de aquello sin florituras ni rodeos. La película tenía un título que, en mi opinión, le iba como anillo al dedo: “Repulsión”. El nombre del director era rarísimo por ser ruso, polaco, de Azerbaiyán, o algo así. Por eso disculpe que no lo recuerde. Y la escena cumbre, que duró lo que me pareció una eternidad, consistía en un plato con restos de comida lleno de moscas que ocupaba toda la pantalla. ¿Entiende por qué le venía bien el título a la película? Del resto del film ni me enteré, pues no consiguió interesarme lo más mínimo. ¡Y encima sin palomitas!

Cuando salimos de aquel suplicio –al menos para mí-, todos mis colegas tenían caras extasiadas hablando de la obra maestra que acabábamos de ver. Por cierto, cada uno de ellos parecía haber visto una película diferente pues la interpretaban de maneras muy distintas, incluido lo del plato, los restos de comida y las moscas. Realmente, en lo único que coincidían era en afirmar que estábamos ante una obra maestra, vete a saber por qué.

¿Qué podía hacer yo? Pues, en principio, sentirme como un imbécil reprochándome íntimamente mi incapacidad para ver lo que los otros veían en ese film. Pero según los iba oyendo me iba irritando silenciosamente, no sé si con ellos o conmigo mismo. El caso es que de pronto uno me preguntó de golpe: *¿Y a ti qué te ha parecido?*

Manifiesto que dudé. Por un momento pensé en inventarme directamente otra interpretación más sobre aquella insufrible película. Pero, en un arranque de valor, decidí ser sincero: *Un asco* –respondí-. *Básicamente me ha parecido un asco.*

Ya puede suponer como me miraron. Seguro que a los restos de una cucaracha aplastada los mirarían con más cariño.

Nunca volví a ver a aquellos tipos. Supongo que todavía estarán recordándome entre ellos, más o menos, de esta forma: *¿Te acuerdas, Juanma Alberto, del asno que no entendió “Repulsión”? Sí, hombre, aquél que quería comprar palomitas... ¡Ah, ya lo recuerdo! -responderá otro-. Aquél fue el botarate que dijo que esa obra maestra era un asco. ¿Se puede ser más inculto, analfabeto e ignorante?*

En fin, qué le vamos a hacer. La sinceridad siempre tiene su precio. A lo mejor por eso es mejor mentir. No sé... Creo que me estoy haciendo un poco de lío.

También recuerdo que en esos días, a la luz de las sensaciones vividas, como un torrente comenzaron a emerger en mi mente una cascada de

interrogantes –no me pregunte por qué-, y ello sucedió en el peor momento porque, para mi desgracia, no contaba con el auxilio de Zoilo como consecuencia de su viaje. Dichas interrogantes, curiosamente, versaban sobre los temas más diversos. Pero todos tenían en común que trataban sobre verdades que damos por ciertas pero que al parecer no lo son, descubriendo con ello que los creadores de comportamientos humanos estúpidos también manipulan nuestros pensamientos, y con él nuestras convicciones. Esto último se lo he oído a Zoilo, y aquí lo repito porque me parece que viene al caso, aunque no estoy muy seguro.

La cosa es que múltiples incógnitas comenzaron a caer atropelladamente por mi cerebro:

Los partidos políticos de izquierda suelen definirse a sí mismos –pensé- como amantes de los trabajadores ¿Será porque cada vez que llegan al gobierno quieren tanto a los obreros que los suelen mandar a su casa sin trabajo?

¿Por qué si usted expresa en público que los negros son más atléticos que los blancos, o los asiáticos más trabajadores que éstos, a todos les parecerá correcto. Pero si dice que los blancos son mejores organizadores, pintores, literatos o científicos que los negros, le acusarán airadamente de racismo?

La cosa no se detuvo aquí y continué desbordado por nuevas interrogantes. *¿Por qué los partidos fascistas y nazis, que proceden de la izquierda política – lo que según Zoilo es rigurosamente cierto- están identificados con la extrema derecha?*

¿Por qué se llama revolución cuando los comunistas se hacen violentamente con el poder – como por ejemplo en Rusia, en octubre de 1917-, y golpe de estado cuando lo hacen los demás?

¿Por qué Hitler, que fue un asesino desquiciado, es identificado como un tirano sanguinario ansioso de poder –cosa de la que no cabe la más mínima duda-, pero, en cambio, otros que asesinaron a tanta o más gentes que aquél, son contemplados por muchos intelectuales progres con condescendencia? Me refiero a Robespierre, Lenin, Stalin o Mao, todos ellos igual de tiranos sanguinarios y ansiosos de poder que el nazi.

¿Por qué asociamos a los demócratas norteamericanos con el progreso y el pacifismo, cuando en realidad se opusieron fieramente a la abolición de la esclavitud; promovieron la necia ley seca; gobernaban cuando entraron en la primera y segunda guerra mundial, y fueron los promotores de la guerra de Vietnam?

¿Por qué existen tantas religiones “únicas y verdaderas”, hostigándose las unas a las otras continuamente para convencer a la gente de ser las

“únicas y verdaderas”?

¿Por qué no se eliminan los lunes del calendario si todo el mundo los detesta?

¿Por qué las latas de conservas ponen “abre fácil” cuando cuesta tanto abrirlas?

¿Por qué quien me gusta a mí yo no le gusto, y viceversa?

¿Por qué a la cama no la llamamos cómoda y a la cómoda cama?

¿Por qué...

Llegados a este punto percibo que mi cabeza, en febril estado de ebullición, está a punto de estallar. *¿Quién nos manipula con tantas verdades que son mentiras?* Me pregunté con inquietud.

Tras lograr recuperar algo de mi serenidad habitual, llegué a la conclusión de que estos dilemas tan complicados sólo podrían resolverlos dos personas en todo el mundo, pues son las únicas capaces de responder a la pregunta clave: *¿Quiénes se benefician con tales mentiras?* Sean quienes fueran, estos han de ser los culpables como en todas las novelas de misterio. Sólo hay que descubrirlos.

Pues bien, como antes decía, sólo dos personas tienen la inteligencia suficiente para encontrar a los responsables. Dichas personas son, Hércules Sherlock - ¿o es Sherlock Hércules? – Seguro que usted lo conoce. Me refiero a ese detective francés que pasea por las calles de Londres con una pipa. Pero, lamentablemente, a éste no puedo consultarle porque yo no vivo en Londres. Y el otro es Zoilo, y éste, ahora, tampoco me puede dar las pertinentes respuestas pues continúa de viaje. ¡Qué se le va hacer!

No obstante, voy a apuntar cada una de estas interrogantes para no olvidarlas y poderse las exponer cuando vuelva, porque cada vez que lleno mi cabeza con los resultados de los partidos de fútbol no me suele quedar hueco en el cerebro para recordar otras cosas, y entonces las olvido. De ahí el apuntarlas.

Pero de repente me doy cuenta de algo que no había advertido hasta ahora, y que no sé si me halaga o me preocupa: ¿Me estaré convirtiendo en un segundo Zoilo? ¿Tantas charlas con él nos están aproximando intelectualmente? ¿Estoy cambiando?

Esta inquietud me nace al observar el alto nivel de los pensamientos que aquí le he trasladado a usted. Creo que hace tiempo yo era más elemental, incapaz de llegar a estos niveles. Indudablemente el contacto con Zoilo tiene sus efectos.

Pero algo me inquieta sobre este asunto, porque podría ser interpretado de manera equivocada. Lo digo por aquello que dice el sabio refranero español: “*Se vuelven de la misma opinión quienes duermen en el mismo colchón*” ¡Pero, créame, yo no duermo con Zoilo! ¡Se lo puedo jurar! ¡¡Vaya con los tipos de los refranes lo mal pensados que son!!

En fin, cada cual que piense lo que le dé la gana. Pero, sea como fuese, llego a la conclusión de que prefiero ser un infeliz disoluto que un decadente progre-snob, manipulador y manipulado... ¿Y usted?

EM Ariza

Freeditorial 